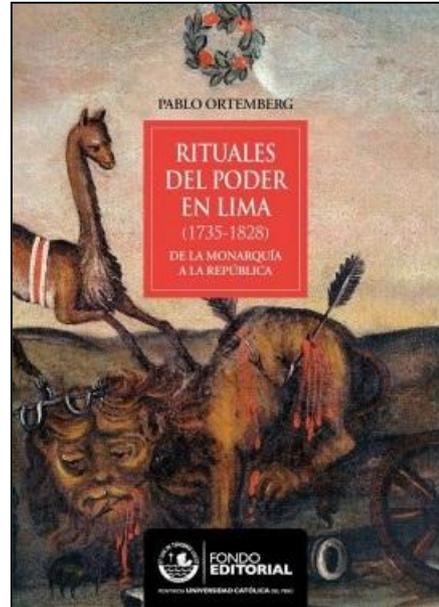




Pablo Ortemberg
Rituales del poder en Lima (1735-1828).
De la monarquía a la república
Lima
Fondo Editorial de la Pontificia Universidad
Católica del Perú
2014
404 pp.



Virginia P. Forace¹

Recibido: 01/08/2015
Aceptado: 20/08/2015

I.
La detallada descripción de un intrincado –y exquisito– universo simbólico de imágenes, objetos, gestos y actos es el resultado del trabajo de investigación de Pablo Ortemberg en *Rituales del poder en Lima (1735-1828). De la monarquía a la república* (2014). Gracias a su riguroso análisis, una red de elaborados ritos y ceremonias en la que se inscriben los sujetos coloniales –virreyes, visitadores, miembros de las principales corporaciones, vecinos, entre otros– se transforma en un sistema semiológico que explica los complejos mecanismos simbólicos

que construían el consenso en la desigual sociedad del antiguo régimen.

El libro, adaptación de su tesis de doctorado defendida en 2008 en la Ecole des Hautes études en Sciences Sociales École des Hautes Études en Sciences Sociales, estudia las fiestas del poder real, independentista y republicano en Lima entre 1735 y 1828, arco temporal que permite dar cuenta de los usos y sentidos de los rituales del poder en momentos de cambios significativos en el ordenamiento político, social y demográfico: los procesos de las reformas borbónicas, la destrucción de la ciudad por el terremoto de 1746, la crisis absolutista de 1808, la emergencia del paradigma liberal gaditano, la

¹ Profesora y Licenciada en Letras (UNMDP).
Contacto: virginiaforace@yahoo.com.ar

instauración de las cortes de Cádiz, la guerra contrarrevolucionaria, la proclamación de la independencia, el Protectorado sanmartiniano, el Congreso republicano, el establecimiento y Clausura de los ritos bolivarianos, con la conocidas operaciones para definir la identidad nacional.

Los *rituales del poder* son definidos por Ortemberg como

un objeto empírico: los recibimientos de virreyes, las proclamaciones reales y el resto de fiestas obligatorias de las monarquías, como nacimientos de infantes, bodas reales, cumpleaños del monarca o funerales de miembros de la casa real, junto con las celebraciones de victorias militares y otros fastos reales. Estas celebraciones están habitualmente compuestas por un conjunto de ceremonias solemnes, tales como los desfiles cívico-militares, las funciones de iglesia, los juramentos, todo lo cual se combina con un ámbito lúdico popular que incluye corridas de toros, fuegos de artificio, bailes, orquestas de música, distribución de vino y refrescos. (24)

Esta gran variedad de expresiones, lúdicas y solemnes, responde a un mismo objetivo: dotar de identidad a una comunidad política así como también otorgar legitimidad y continuidad al poder. No debemos caer, sin embargo, en la tentación de verlas como meras manifestaciones de una práctica monárquica extinta: aún hoy el poder simbólico es una de las formas más eficientes en las que el poder expresa y consolida su autoridad y, si bien responde a una lógica difícil de revelar, nunca

ha perdido su lugar central en la vida cotidiana; tal como ha señalado George Balandier: “Todo poder político acaba obteniendo la subordinación por medio de la teatralidad, más ostensible en unas sociedades que en otras, en tanto que sus diferencias civilizatorias las distribuyen en distintos niveles de «espectacularización».” (1994: 23).

En este sentido, el autor trabaja con la práctica ritual del poder como algo más complejo que un mero instrumento de dominación. Debate con cierta línea restringida de análisis, como la de José Antonio Maravall que sólo parece ver el apuntalamiento ideológico de la fiesta del poder y “atribuir a la élite (como si fuera un bloque monolítico) un poder de dominación total, unívoca y maquiavélico de las conciencias mediante la «propaganda»” (33), para afirmar, por el contrario, que aunque los sectores dominantes manipularan el ceremonial, no significaba que no creían en él. De hecho, Ortemberg subraya que el acto del ritual *crea* el poder: no existiría su autoridad sin la vigencia en la comunidad que lo practica de cierto imaginario que lo respalde. Como ha afirmado Pierre Bourdieu,

El poder simbólico [...] no se ejerce sino él es reconocido, es decir, desconocido como arbitrario. Esto significa que el poder simbólico no reside en los “sistemas simbólicos” bajo la firma de una “illocutionary force”, sino que se define en y por una relación determinada entre los que ejercen el poder y los que los sufren, es decir, en la estructura misma del campo donde se produce y se

reproduce la creencia. (2000: 69)

De esta forma, los sujetos son los que le dan validez y legitimidad al poder por medio del conocimiento y reconocimiento de sus rituales, lo que determina ciertas relaciones entre ellos y una particular visión del mundo. Los individuos se definen a sí mismos por el lugar que ocupan en esos actos, ya que se diferencian de otros sujetos por su cercanía/distancia con el centro simbólico del poder (espacial, urbanístico, político, social, cultural, económico); así, “el imaginario que sirve de soporte a las relaciones de dominación compromete por entero la identidad misma de los sujetos.” (21)

II.

Existe un extenso número de estudios que han concentrado su atención en los rituales, ceremonias y fiestas del poder. Por ejemplo, los trabajos de Norbert Elias (*Die höfische Gesellschaft*, 1969), Georges Balandier (*Le pouvoir sur scènes*, 1992), Mona Ozuf (*La fête révolutionnaire. 1789-1799*, 1976), Roger Chartier (“Discipline et invention: la fête”, 1987), François-Xavier Guerra y Antonio Annino (*Inventando la Nación: Iberoamérica Siglo XIX*, 2003), o, en el contexto local, José Emilio Burucúa y Fabián Campagne (“Mitos y simbologías nacionales en los países del cono sur”, 2003), Juan Carlos Garavaglia (*Construir el Estado e inventar la Nación*, 2007), o más recientemente Lía Munilla Lacasa (*Celebrar y gobernar: un estudio de las fiestas cívicas en Buenos Aires, 1810-1835*, 2013).

El libro de Ortemberg, declarado deudor de algunos de estos antecedentes, no se limita a describir los

rituales del poder en la Lima; intenta dotarlos de una densidad mayor al ahondar en sus sentidos y entenderlos como algo “vivo” en la conciencia de sus participantes/espectadores y “mutable”, ya que, a pesar de lo que podría parecer, se adaptan a los tiempos; afirma, en este sentido, su autor que “[d]etrás de la aparente inmutabilidad del «uso y la costumbre», las prácticas rituales desmienten la idea común de la «larga siesta del ritual colonial».” (22)

Así, *Rituales* cuestiona dos ideas comunes sobre las fiestas y ceremonias del poder: la primera, su invariabilidad, ya que, a pesar de su retórica similar y forma estereotipada, “siempre hay variaciones, así como también diferentes usos y sentidos que adquiere ese esquema en cada nueva ocasión en que es puesto en práctica.” (23); la segunda, su “seguridad”: aunque se trate de fiestas dirigidas desde el poder mismo, pueden presentar una amenaza para el *status quo*: “los procesos hegemónicos siempre encierran su propia contra hegemonía, es decir, una visión alternativa del mundo que desafía la estabilidad del consenso ideológico.” (23-24).

En función de estas hipótesis, el autor propone estudiar las formas y los mensajes de los rituales, con sus contradicciones y paradojas: primero, unen separando (suponen fronteras y producen jerarquías en la comunidad que crea); segundo, se apoyan sobre un “doble vínculo” (*double bind*), ya que los participantes están *obligados* a ser libres (gozo festivo, trasgresión de la rutina), obedientes y espontáneos a la vez; tercero, funcionan en diferentes niveles de pacto “entre dominantes y dominados, entre sujetos colectivos e individuales, entre la ciudad y la monarquía, entre el (los) pueblo(s) y la

nación, entre el deseo y la norma [...] y entre el presente y el pasado.” (27).

Por este motivo, Ortemberg trabaja con dos niveles de análisis: por un lado, el de los usos que los actores sociales hacen del ritual político y los sentidos que logran imprimirle en cada circunstancia; y, por el otro, el de las transformaciones y continuidades que presenta, las cuales se van produciendo como consecuencia de las políticas implementadas por la Corona y por las propias mutaciones de la sociedad local.

Por lo tanto, la novedad de la propuesta del libro se halla en entender estos dispositivos como instancias de redistribución del poder, competencia entre los sujetos y las corporaciones, y reacomodamientos en el poder simbólico, pues producen y comunican lealtades, consagran alianzas entre corporaciones, y hacen visible un orden deseado y siempre disputado.

III.

Rituales de poder se interroga en particular sobre la forma en que el poder dirige lo real por medio de lo imaginario para asegurar su continuidad. El recorte espacio-temporal elegido y el tipo de trabajo que propone su autor lo llevan a un acercamiento multidisciplinario: historia cultural e historia política, herramientas de la historia social, la sociología, la antropología y la semiótica, todas encuentran alguna expresión en el libro.

Su contenido se organiza en una “Introducción” –donde plantea sus hipótesis, antecedentes y metodología de trabajo–, cinco capítulos –en los cuales estudia sucesivamente las fiestas monárquicas, gaditanas, independentistas, republicanas, haciendo especial hincapié en los gestos que se mantienen y las mutaciones, la creación y sustitución de

emblemas, la evolución hacia un creciente militarismo, la “bolivarización” y, finalmente, la “desbolivarización” y “peruanización”–, y las Conclusiones.

El capítulo 1, “El recibimiento de los virreyes en Lima: modelo para desarmar”, describe el complejo ritual de recibimiento de un nuevo virrey, quien, desde su ingreso en el territorio peruano, realizaba una serie de pactos y nombramientos para entablar alianzas y, de esta forma, renovar el vínculo entre el territorio y la monarquía, y fundar su propia autoridad en el reconocimiento recíproco con las corporaciones. El intrincado ceremonial de su entrada a la ciudad, con sus elementos lúdicos (desfiles, corridas de toros, fiestas, concursos de poesía) y solemnes (misas, recibimiento por religiosos, Te Deum, etc.), le sirve también a Ortemberg para identificar los espacios del ritual en los cuales se filtraban las demandas locales –mas no sediciosas– que exigían subrepticamente reconocimientos y restituciones. De gran interés es el ejemplo que estudia: el elogio “subversivo” que realizó José Baquijano Carrillo, miembro de la universidad de San Marcos, hacia el nuevo virrey Jáuqueri en 1781, discurso que lanzaba críticas contra el visitador Areche y que recibió condenas de la Inquisición por su contenido. Por último, recupera las reformas al ritual de recibimiento propuestas por diversos visitantes entre 1770 y 1780, las cuales pusieron en crisis la autoridad vicerregia y evidenciaron tensiones entre la sociedad colonial y la Corona.

En el segundo capítulo, “Usos y sentidos de las proclamaciones reales en la Ciudad de los Reyes”, además de describir y analizar las juras reales en sus componentes solemnes y lúdicos,

presenta un relevante estudio sobre las relaciones oficiales de la fiesta, *libros-monumentos* que fijaban el sentido de los hechos y servían para informar a la metrópoli de la renovación del pacto con el soberano, a la vez que funcionaban como acto performativo: “crean la lealtad al describirla, prescriben la bondad del monarca al atribuírsela en el relato, inventan la armonía de los cuerpos sociales al enunciarla y hacen participar con sentimientos y emociones a los grupos y los astros.” (103). Para ilustrar este ritual del poder, analiza varios ejemplos concretos: el primero, la proclamación de Fernando VI, celebración que sirvió para acelerar la reconstrucción de la ciudad luego del terremoto de 1746, suturar el dañado tejido social, reordenar el espacio urbano y redibujar las jerarquías. Esta ocasión solemne no estuvo, sin embargo, exenta de conflicto: Ortemberg relata la participación indígena en las fiestas reales con motivos temáticos incaistas y el complot contra el virrey que les hizo perder ciertos derechos. El otro caso, la proclamación de Carlos III, permite al autor señalar las variaciones en el ritual y el paulatino desarrollo de una cultura ceremonial militarizada que coloca en el centro el concepto de patria, y que se recrudecerá en las fiestas por Carlos IV.

“De las fiestas absolutistas a las fiestas constitucionalistas y el desarrollo de los rituales guerreros”, tercer capítulo del libro, estudia los rituales del poder durante la crisis de 1808 –los cuales sirvieron para infundir tranquilidad en los habitantes de la ciudad y reforzar la fidelidad afectiva con el rey y la patria, simulando un orden inalterado– y el periodo revolucionario –con la consiguiente evolución del ritual guerrero “nacional” y “patriota”, la

utilización de las vírgenes (como patronas, generalas), banderas, héroes (efímeros) y condecoraciones–. Asimismo, en las fiestas liberales por la proclamación de la Constitución Política de la Monarquía Española estudia cómo se comenzó a utilizar un vocabulario cívico-liberal en el espacio público, el cual fue reprimido luego del retorno de Fernando VII y la disolución de las cortes.

El penúltimo capítulo, “Refundación simbólica del ceremonial independentista”, analiza la guerra de opinión y símbolos que se produce a partir del ingreso de San Martín en Lima en 1820 y durante el periodo del Protectorado: proclamación de la independencia, creación de la bandera de Perú, rehabilitación del proyecto incaista, fundación de la Orden del Sol, multiplicación de fiestas cívicas y distinciones “patrióticas”, sustitución de bustos y placas, etc. El recibimiento del general rioplatense en la ciudad no modificó significativamente el ritual de los virreyes y, de hecho, en todas las operaciones de reemplazo simbólico realizadas por el plan sanmartiniano, Ortemberg observa una reforma de rituales más que la sustitución pura: se utilizaron los dispositivos conocidos, lúdicos y solemnes, para dotar de sentido a los hechos, propagar el imaginario revolucionario, y comunicar nuevas ideas sobre los sentidos de «patria», «nación», héroes y destino de la comunidad política.

En el capítulo final, “El ceremonial bajo la república”, el libro aborda la instalación del primer Congreso Constituyente, el cual destituyó mucho de lo proclamado durante el Protectorado –eliminó, por ejemplo, la Orden del Sol–, y modificó la bandera, el sello, la moneda y el escudo de la

nueva república para introducir en la iconografía la naturaleza peruana y borrar así el sol que había elegido San Martín para aludir al pasado precolombino y la cuestión indígena. Por otra parte, el ingreso de Bolívar instauró un ceremonial que lo ubicaba como “padre del Perú” y establecía un calendario festivo con fuertes connotaciones procolombianas.

El Epílogo del capítulo cerrará el arco temporal seleccionado por Ortemberg y el análisis de los rituales del poder con el proceso de desbolivarianización que se vivió luego de la Constitución Vitalicia de 1826, el surgimiento de un marcado sentimiento nacional peruano anticolombiano, y, posteriormente, de limeñización de la fiesta.

IV.

El libro de Ortemberg es un riguroso y erudito estudio sobre los rituales del poder en Lima desde mediados del siglo XVIII hasta las primeras décadas del XIX. Además del completo análisis que realiza, me gustaría en este punto destacar otras virtudes que van más allá de la novedad de sus hipótesis y el interés que suscita la selección temática.

En primer lugar, su texto recupera y difunde una importante profusión de fuentes, salvándolas de quedar olvidadas. La consulta documental que ha realizado en diferentes archivos, bibliotecas y colecciones privadas de Perú, Argentina, Chile, Francia y España es inestimable.

En segundo, su ensayo presenta dos rasgos de escritura que merecen ser valorados: por una lado, la difusión del resultado de su investigación considerando un lector no necesariamente especializado, aspecto que queda evidenciado en la Introducción, donde

prepara el camino de su estudio presentando las formas de autoridad coloniales –el sistema de castas, naciones, y corporaciones, con las funciones que tenían asignadas en la distribución del poder– y sus prerrogativas simbólicas, el compendio de ciertas prácticas, comportamientos, jerarquías, distribuciones del lugar en la sociedad limeña de mediados del siglo XVIII, así como también un breve recuento histórico de los principales acontecimientos políticos y sociales del periodo seleccionado. Por el otro, el no perder de vista su propio contexto histórico al presentar reflexiones que pendulan desde el pasado hasta nuestro presente: explica, por ejemplo, qué destino tuvieron los símbolos creados y los calendarios festivos independentistas instaurados en el Perú del siglo XXI, al igual que sigue el recorrido del proyecto de la “gran Colombia” hasta las aspiraciones chavistas de años recientes.

Por último, *Rituales del poder*, reconoce la importancia de lo visual no solo en los dispositivos que analiza, sino en los imaginarios del lectorado de este siglo; así, una admirable colección de fotografías acercan al lector mapas, banderas, monedas y medallas.

Referencias bibliográficas

- Bourdieu, P. (2000), “Sobre el poder simbólico”. En *Intelectuales, política y poder*, traducido por Alicia Gutiérrez. Buenos Aires: UBA/ Eudeba, 65-73.
- Balandier, G. (1994), *El poder en escenas: de la representación del poder al poder de la representación*. Barcelona: Paidós.